

El desván

POR PAOLA SCHMITT

Mi nombre es Fermín Sánchez y confieso que maté a mi suegra.

Ya a nadie le importa, han pasado muchos años y ahora, con la muerte de mi Valentina, se fue la única persona que extrañaba a esa vieja bruja.

Me odió desde el primer día que llegué de la mano de su hija a conocerla. Solo hubo que verle la cara para saber que me la estaba jurando ahí mismo, y mira que yo me propuse conquistarla casi con más ímpetu del que le ponía a Valentina. No escatimé en muestras de afecto ni en regalos pero supe que era por gusto cuando oí la conversación aquella en la cocina.

—A ver, Valentina, ¿en qué diablos está pensando con ese muerto de hambre? ¿Para eso mi'ja la estoy mandando a estudiar enfermería? ¿Para que me llegue con un obrero?

—¡Mamá! De verdad es bueno y es trabajador. Además, se está esforzando mucho por llevarse bien contigo. Colabora un poco, dale una oportunidad vieja, que vamos en serio...

—¡Lo que me faltaba! No sólo se pasea con él por todo el barrio, pierde su tiempo y mi paciencia sino que, para colmo, piensas casarte con él... ¡qué disgusto mi Dios Santo!, y yo que la veía con el hijo de la comadre Renata, bien vestido de vendedor en el almacén ese.

Así disgustada y con la cara amarrada se tuvo que aguantar que mi Valentina me eligiera a mí, nos casáramos y me la llevara de la casa. Para demostrarle

a la bruja esa que yo podía darle a su hija una vida de la buena me junté con unos amigos y con ciertos contactos de aquí y de allá y le anuncié a mi esposa que no por mucho viviríamos en el cuarto de alquiler. Yo mismo iba a construir con los colegas del trabajo nuestra casita. A ver si el encopetado del vendedor podía compararse con eso.

Mi suegra se tuvo que tragar sus palabras al ver a mi Valentina tan contenta y revoloteando todo el día, de tienda en descuento a tienda en descuento, buscando cosas para nuestro nuevo hogar y llamándola a cada rato para darle los avances.

—Mamá, vieras lo linda que va a ser, en la planta de abajo estará la cocina y la sala, el cuartico para cuando vengan los niños y el baño, arriba va nuestro cuarto y hasta un pequeño depósito, un desván dice Fermín, vamos a tener bajo la escalera.

—A ver mi'ja, ¿y todo eso para cuándo? Porque el fulano ese dijo tres meses y ya van cinco.

—¡Ay mamá! verás que seguro las Navidades las pasamos ya en la casa.

Cuando mi Valentina estaba en la universidad la bruja se pasaba por la casa a torturarme, yo no le decía nada a mi mujer por no atormentarla y mi suegra tampoco se lo mencionaba, para que su hija no se diera cuenta de lo retorcida y mala que era realmente, creo yo. Era en lo único que por lo visto teníamos un pacto, en callar esas visitas.

—¡Uf! Cómo vas de atrasado en esto, Fermín. ¿Cuál es que es tu rango en la construcción? Porque así que digamos rápido, no vas. ¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

Con ésas me la aguantaba los lunes, miércoles y jueves, durante la ausencia de Valentina. Algo atrasado sí iba pero ¡diablos! con esas lluvias no se podía hacer mucho. Además tenía que aprovechar cualquier camarón que me saliera para darle una vida a mi mujer que mi suegra no criticara todos los días. Yo era el primer interesado en terminar, por mi Valentina y por callarle la boca a la vieja esa que no se la aguantaba nadie. Ni en la barriada la querían ver, y la tal comadre Renata le huía, buena gente que era esa señora conmigo, que me miraba con ojos de agradecimiento por haberla liberado de ser consuegra de la doña.

Debí imaginar que algo iba a pasar cuando llevaba un par de semanas sin venir. Tan contento estaba por su ausencia que no pensé mucho, por eso casi me atraganto y me muero ahí mismo cuando va mi Valentina y me suelta la última de la señora. Bien planeado que se lo tenía la muy endemoniada.

—Amor, vieras mi mamá, ha estado con un resfriado horrible y dice que le ha quedado un apretón de pecho que un día de estos la va a mandar a la tumba. Me da una lástima, asustada con la enfermedad esa y estirando el cheque de viudez todos los meses. Que conste que le da mucha vergüenza y está apenada contigo, sabe que no te ha tratado bien, pero está arrepentida y dice que se ha dado cuenta de que eres un buen hombre.

A mí, que el muslo de pollo no me pasaba de la garganta, que me la estaba viendo venir apenas Valentina empezó a darle vueltas a un rizo de su cabellera y ponerme ojitos.

—Me dice que, mientras vienen los niños, ella podría vivir en el cuartico de abajo y nos ayudaría con los quehaceres de la casa.

Era principios de octubre y ya tenía avanzada la casa, sólo faltaba el techo para ponerme a repellar. Estaba terminando con la obra debajo de la escalera, sudando es que estaba yo con el calor húmedo y sin brisa del mes, paleando el cemento y poniendo la pri-

mera línea de ladrillos del desvancito cuando recibí la visita reglamentaria.

—A ver yernito si te apuras y me dejas el cuartico bien bonito y terminado, y a ver si será pronto, porque vaya uno a saber contigo ¿no?

No sé que me pasó, de veras que no sé. No era yo. Sería el calor. No sé. Pero ella que no se callaba y a mí que una rabia contenida me iba subiendo por todito el cuerpo mientras seguía.

—Ya llamé a la Valentina y le dije que me voy para el campo hasta las Navidades. Como no hayas terminado este cuchitril para entonces me tocará mudarme con ustedes al cuarto de alquiler ese donde viven. Digo, tienes casi tres meses, deberías poder con eso ¿será yernito? ¿Será que la has terminado cuando vuelva?

—Y que tal si no vuelve ¡pero nunca más!

Ese odio de veras no era mío, bueno sí, muy mío, porque juro que era para odiarla, pero no era típico de mí quiero decir. Esa bruja me sacó un bicho enfurecido de adentro y con la pala que estaba revolviendo el cemento le aventé un golpe que seguro le hice puré lo sesos, porque ahí quedó, desparramada debajo de la escalera, con los ojos desorbitados y las piernas chuecas como muñeca de trapo. Sin remordimiento alguno y con una tranquilidad que a mí era el primero que sorprendían, terminé de levantar la pared y llené de cemento compacto todos los espacios alrededor de mi suegra. Cuando Valentina llegó todo eso estaba sellado y yo embargado por una dicha enorme.

—Amor, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?-me dijo extrañada al ver mi sonrisa.

—Nada, mi amor —la abracé, así sudado, y la besé— que ya asumí que tu madre va a vivir por siempre en esta casa y nosotros vamos a ser muy felices de todas maneras.

PAOLA SCHMITT, (Bogotá 1972). Reside en Panamá desde 1984. Master en administración de empresas. Su carrera de artista visual como pintora comenzó en 1999 y desde entonces expone asiduamente en Panamá e internacionalmente. En literatura ha cursado talleres con Héctor Collado y con la Escuela de Letras de Madrid y la Escuela de Escritores de Barcelona. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP. Ha publicado cuentos en el libro colectivo *Contar no es juego* 2007 y en "Maga".